

‘LAS BENÉVOLAS’ DE J. LITTEL

La cosmovisión nacionalsocialista

JOAN ANTÓN MELLÓN

Introducción

El primer tercio del siglo XX en Europa fue una época de profundas convulsiones económicas, sociales y políticas. Las diferentes ideologías que competían entre sí pretendían aportar soluciones, guiar en la acción política y reconfortar psicológicamente a sus usuarios, dada la percepción social generalizada de inseguridad, agresividad y malestar. El fanatismo político era un refugio (y un trampolín político y social) ante la falta de certezas sobre el presente y el futuro. Dentro de los movimientos políticos de todo el espectro político coexistían, generalmente, tres tipos de militantes: los creyentes, los simpatizantes y los oportunistas; aunque el primer y el tercer rasgo podían darse en unos mismos personajes, uno de los tres predominaba sobre el resto e imprimía carácter.

El protagonista de la novela de Jonathan Littell *Las benévolas* (Barcelona, RBA, 2007) el SS Dr. Aue, es un oportunista, un individuo que se deja arrastrar por la marea nacionalsocialista de la Alemania de los años treinta del pasado siglo no por convicción sino por falta de ideas políticas propias, desidia, hastío y porque la opción tomada lo coloca en una embriagadora posición de poder. Sus profundos e irresueltos dramas internos (odio a la madre, amoríos incestuosos con su

hermana gemela etc) quedan así semiocultos en un segundo, aunque siempre presente, plano. La omnipresente ideología genocida, explicitada en ideas y actos políticos, enmascara sus terribles frustraciones y patologías personales.

[...] la verdad, y no me avergüenza decirlo, es que seguramente habría preferido ser mujer [...] pero no fue así. En vez de eso, me vi de jurista, de funcionario de la seguridad, de oficial SS y, luego, de director de una fábrica de encajes. Es triste, pero es así (pág. 31).

Nuestro objetivo, ensayístico, es describir la cosmovisión nacionalsocialista a partir de lo expuesto en la mencionada novela, sobre todo, aunque no exclusivamente, por las reflexiones del personaje principal, Aue. Éste no es un creyente nacionalsocialista y, por ello, sus opiniones en público siempre deben ser afirmaciones ortodoxas que maquillen su oportunismo. Pretendemos establecer, por tanto, lo que podríamos considerar el triunfo de la propaganda, la cosmovisión nazi del hombre común alemán (a pesar de la indudable cultura de nuestro personaje central), no crítico con el nacionalsocialismo sino esperanzado en que las promesas, de las cuales se había hecho eco, se hicieran realidad.

Un pensamiento radical para una época radical, donde una determinada opción fuera

llevada hasta sus últimas consecuencias, en donde el viaje fuera, quizás, más importante que la meta; el propio personaje lo explica así:

Me tenía obsesionado desde la infancia la pasión por lo absoluto y por rebasar los límites; ahora esta pasión me había llevado al borde de las fosas de Ucrania. Siempre había querido una forma de pensar radical; ahora bien el Estado, la Nación también había escogido el radicalismo y lo absoluto; ¿cómo, precisamente entonces, volver la espalda, decir que no y preferir, en última instancia, el confort de las leyes burguesas, la seguridad mediocre del contrato social? Estaba claro que era imposible. Y aunque el radicalismo fuera el radicalismo del despeñadero, y aunque lo absoluto resultara ser el absoluto equivocado, era preciso, y de eso al menos tenía una íntima convicción,¹ ir en pos de ello hasta el final con los ojos bien abiertos (pág. 103).

Dicho discurso propagandístico será interpretado con vistas a dos objetivos: desvelar su coherencia interna y explicitar las ideas fuerza del Nacionalsocialismo.

Nihilismo personal y desesperación² colectiva

Se ha afirmado, lúcidamente, que el Fascismo es como la pornografía: tan difícil de definir como fácil de reconocer; en este

sentido un comportamiento fascista también es fácil de ser detectado. Nuestro personaje es un fascista arquetípico por sus actos y por las justificaciones ideológicas que realiza de ellos, se las crea del todo o no. Tanto las ideas como los actos manifiestan tres características comunes más relevantes: radicalidad, amoralidad y pragmatismo, a las cuales debe añadirse un trasfondo psicológico omnipresente: un nihilismo desesperado combinado con una propensión al activismo extremo. Hasta “vivir peligrosamente” (obviamente los creyentes marcan la pauta) en guerra constante, sin miedo alguno a la muerte, una muerte inevitable, no sobrevenida por causas naturales sino no rehuída al pretender el triunfo de la voluntad. Una muerte que habrá servido para acercarse a una Utopía de la Nación y/o Comunidad Racial, en sinérgica plenitud imperial, en donde se hubiera neutralizado/eliminado a sus enemigos internos, triunfado sobre sus oponentes externos y superadas todas las miserias, divisiones y problemas del mundo liberal-burgués surgido de 1789 en un unitarismo absoluto. Un suicidio altruista (en la terminología de Durkheim) en donde se habrá “solucionado” la alienante atomización liberal de las sociedades burguesas. Los escarabajos kafkianos se atreven a disputar el poder al omnipresente e invisible amo del castillo el Sr. K. Los Arturos

¹ El subrayado es mío.

² “Fue de la desesperación de la nación alemana de donde nació el nacionalsocialismo”, Adolf Hitler en *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2004.

Uí se organizan para su increíble ascensión —apoteosis de unas clases medias que entran en política—, y, siguiendo con Bertolt Brecht que expone a la perfección el espíritu de la época (aunque estuvo políticamente en las antípodas del Fascismo), recordemos estos versos suyos.

O todos o ninguno,
O todo o nada.

La desesperación no es vista como coyuntural. Responde a una terrible e ineluctable realidad de los seres humanos, según nuestro protagonista *vivimos en el peor de los mundos posibles* (pág. 25). De ahí que cite a Sófocles:

Lo que debes preferir a todo lo demás es no haber nacido
y a Schopenhauer:

Más valdría que no hubiera nada. Como hay más dolor que placer en la tierra, cualquier satisfacción no es sino transitoria, y crea nuevos deseos y nuevas desesperaciones y la agonía del animal devorado es mayor que el placer del que lo devora (pág. 25).

Por ello las menciones al suicidio son reiteradas. Una de las pocas soluciones radicales al constante choque entre ilusiones y realidad. En lugar de analizarla como lo consustancial a los seres humanos, la vida es vista como un paréntesis sinsentido entre la muerte y la muerte. El nihilismo es extremo:

[...] el caso es que ya no puedo soportar ver a una mujer embarazada. Me deprime demasiado pensar en lo que le espera a ese feto. Sólo muere lo que antes nació —recité— El nacimiento es deudor de la muerte (pág. 2007: 259).

No es extraño, por tanto, que la angustia sea omnipresente. A una infancia desgraciada,

Nunca quise de verdad a mi madre, e incluso la aborrecí [...] (pág. 30).

salvo su relación prohibida con su hermana, se añade los horrores de la 2ª Guerra Mundial y de la *Endlösung der Judenfrage* (La Solución final de la cuestión judía) en la cual nuestro protagonista participa plenamente. De ahí que exponga:

Mi trayectoria vital les había quebrado los huesos a mis sueños de juventud; y mis angustias se habían ido consumiendo de una punta a otra de la Europa alemana (pág. 20).

Además Aue no es ni un creyente nacionalsocialista ni un psicópata y por eso los asesinatos masivos en los que se ve involucrado son vividos de forma angustiosa, más que por empatía hacia las víctimas por el hecho de tener que realizar los crímenes dando órdenes o apretando el gatillo. Todas las órdenes deben ser obedecidas por muy absurdas y terribles que fueran. El *volk* alemán, en imperialista expansión, todo lo justifica y lo hace necesario. Un nihilismo ultraactivista hasta el final, asumiendo todas sus consecuencias:

Salí de la guerra como un hombre hueco, sólo con amargura y con una larga vergüenza, como arena que chirría entre los dientes (pág. 20).

El sistemático genocidio de los declarados “enemigos del *Volk* alemán” forma parte, además, de la guerra, una guerra contemporánea, industrial. Una guerra total que no distingue entre soldados y civiles, en donde la victoria será para los más fuertes que prevalecerán sobre los inferiores. La debilidad es el mal y la fortaleza, superior y amoral, el bien. Una transmutación de los valores cristianos y su laicización ilustrada deseada por Nietzsche y materializada, en siniestra caricatura, por sus radicales y ultranacionalistas discípulos nacionalsocialistas. Una situa-

ción histórica en donde el odio es de gran utilidad.

[...] ahí estaba mi odio, entero, floreciente, un sentimiento pleno y casi sabroso, dentro de mí, una hoguera que esperaba una cerilla (pág. 378).

Por esa razón Aue justifica reiteradamente la guerra y no manifiesta el más mínimo arrepentimiento:

[...] la guerra nunca se acaba [...] hasta que entierren [...] al último niño nacido el último día de lucha, e incluso entonces proseguirá en sus hijos [...] (pág. 25); [...] no tengo nada que justificar (pág. 12); [...] no habrá en ellas (las memorias) ni pizca de contrición. No estoy arrepentido de nada; hice el trabajo que tenía que hacer y ya está (pág. 13).

El combate (exaltante estupefaciente individual y social) es visto como una circunstancia límite en donde el ser humano despliega todas sus potencialidades de una forma auténtica y sin ambigüedades. La guerra como gran solución a todo: de ahí que Aue recuerde que en su infancia, en el patio de recreo del colegio, se jugaba a la guerra vociferando de pavor y de dicha y expone: acabamos de tener un pensamiento humano (pág. 15).

La guerra, en la cosmovisión fascista, es útil y necesaria, educa a los individuos y la nación y libera un conjunto de energías imprescindibles para desarrollar los proyectos políticos imperialistas y lograr, por este medio, una Nación/Comunidad racial prospera y realizada. Así pues intentar prescindir de la guerra es ir contra natura y entrar en un proceso de decadencia irremediable. La opción radical que ha tomado Aue no tiene vuelta atrás:

Lo que hice, lo hice con pleno conocimiento de causa, convencido de que era mi deber y de que era necesario hacerlo, por desagradable y triste que

fuera. También consiste en eso la guerra total: lo civil no existe [...] (pág. 26).

Guerra y genocidio forman parte de un proyecto político cuyo resultado final justifica todos los medios: la palingenesis o regeneración de la Patria en decadencia. Nuestro protagonista entiende muy bien la relación existente entre el objetivo final de las ideas y actos nazis, el nivel de desarrollo tecnológico existente en una sociedad industrial avanzada y las consecuencias políticas y sociológicas de las contemporáneas sociedades de masas. El obrero industrial que produce en cadena no controla el producto final de su trabajo, sólo contribuye acriticamente a él.

[...] al menos en nuestro siglo, nunca ha habido aún un genocidio sin guerra y que, al igual que la guerra, se trata de un fenómeno colectivo: el genocidio moderno es un proceso que las masas hacen padecer a las masas y por las masas [...] un proceso segmentado por las exigencias de los procedimientos industriales [...] el ejecutante está alienado respecto al producto de su acción. (pág. 26).

Este razonamiento exculpatorio le conduce a afirmar que quien desee emitir el juicio de que las acciones alemanas durante la guerra fueron criminales debería pedir cuentas a toda Alemania. La culpa es colectiva. Sólo decidía el Führer y por ello expone que los hombres siempre necesitan que los guíen, no tienen ellos la culpa, es lógico plegarse al consenso común. No todo el mundo puede ser legislador (pág. 599).

[...] lo que yo hice vosotros lo habríais hecho también. A lo mejor con menos celo, aunque quizá también con menos desesperación³, pero, en cualquier caso, de una forma o de otra. Creo que puedo afirmar como

³ El subrayado es mío.

hecho que ha dejado establecido la historia moderna que todo el mundo, o casi, en un conjunto de circunstancias determinado, hace lo que le dicen [...] (pág. 28).

La Visión del Mundo y Utopía nacionalsocialista

El Führer es el jefe de la horda, el caudillo militar infalible que conduce a la comunidad hacia su glorioso destino de predominio imperial sobre otras comunidades "inferiores". Sus decisiones son inapelables y su voluntad ley. Como afirma otro personaje de la novela: Dios no existe. Sólo existe Adolf Hitler, nuestro Führer, y el poder invencible del Reich alemán (pág. 68).

De una forma muy contemporánea el nacionalsocialismo teoriza que la soberanía reside en el pueblo, el *volk*, la comunidad racial. El *volk* es el soberano y en el Führer se expresa o se encarna esa soberanía. Él la representa y de esa soberanía *de facto* se deriva la Ley (pág. 597). Hitler conecta, teleúricamente, con el *volk* y con su esencia: la sangre y la tierra. La decimonónica cultura *völkisch*, hermanada con el racismo socialdarwinista y el pangermanismo, se ha puesto al día en el siglo XX adoptando las técnicas industriales y la cultura de masas. Se trata de una versión de la modernidad de la cual se quiere erradicar la herencia de 1789, todo lo liberal-burgués. Una alternativa, extrema y modernista, de Derecha Radical, a las miserias de la modernidad que solucionará todas las fracturas políticas, sociales y económicas respetando el capitalismo y las jerarquías sociales. Una revolución, por tanto, política y cultural, siendo las ideas clave el unitarismo totalitario y la palingenesis o renacimiento de la Patria lograda mediante

un uso sistemático y racional de la violencia.

El individuo, cada individuo, todos los componentes de la horda, se ponen al servicio del proyecto político. Sin debates ni discusiones. Teniendo fe absoluta en el Führer, amor fraterno (exclusivo al *volk*), generosidad y sacrificio. No pueden permitirse ni vacilaciones ni dudas, mucho menos, disidencias en el totalitario proyecto colectivo. Los disidentes, por activa o por pasiva, son enemigos internos a destruir, equiparables a los enemigos externos a vencer. El Nacionalsocialismo, como cualquier ejemplo del Fascismo Clásico (1919-1945) fue la conjunción de unas determinadas ideas y unas determinadas prácticas políticas en el contexto europeo de la primera mitad del siglo XX. Como se afirma en la obra analizada:

El nacionalsocialismo era una filosofía íntegra, total, una Weltanschauung, como decíamos; todo el mundo debía reconocerse en ella, tenía que haber en ella sitio para todos (pág. 152).

Se renuncian a las libertades burguesas pero, a cambio, se forma parte activa de un exaltante proyecto político regenerador de la Patria. El individuo se fundía en un embriagador plan colectivo:

[...] las circunstancias de mi alterada vida, dividida entre dos países (al ser Aue hijo de alemán y francesa), me colocaban en lugar aparte, separado de los demás hombres; yo también quería sentirme parte de un todo (pág. 766).

Nuestro protagonista nos explica, a modo de justificación de su "conversión" y desus actos durante la guerra, que había visto a los fascistas italianos en los noticiarios y los nacionalsocialistas parecían inspirarse en su estilo, pero tenían un mensaje

específicamente alemán y su jefe, un soldado raso veterano de la Gran Guerra, hablaba de un renacimiento alemán, de la gloria de Alemania, de un futuro alemán pletórico y vibrante (Littell, 2007: 471).

A la radicalidad de las ideas y de los comportamientos nacionalsocialistas se añade la radicalidad derivada del conjunto de situaciones límite que supone la guerra. El resultado es que las dinámicas y los procesos iniciados tienen su propia lógica. O se está a favor, activo, del proyecto o en contra. O se forma parte del *volk* o se es su enemigo. La purificación con vistas a la palingenesis no admite componendas. Como expone un personaje de la novela, éste sí creyente nacionalsocialista: Nuestro combate es la prolongación del de Koch y Pasteur. Tenemos que llegar hasta el final (pág. 783).

Y llegar hasta el final sólo es posible si una élite incorruptible, las SS, marcan la pauta y permanecen fieles al proyecto nacionalsocialista. ¿Quién es un auténtico nacionalsocialista parece preguntarse nuestro protagonista? Múltiples comentarios aclaran la respuesta: Un hombre de las SS debe ser un idealista (pág. 603).

Las SS no debencaser en la corrupción y/o fornicar con presas y llenarse los bolsillos (pág. 603). Son militantes revolucionarios (tan anti-conservadores como conservadores) de la Idea⁴, soldados de acero del *volk* que mediante su inquebrantable voluntad han logrado la unión de pares hasta entonces antagónicos como tradición y modernidad, elites y masas o ciencia/tecnología y espiritualidad metafísica. Lo

público ha de predominar sobre lo privado.

[...] todo es mejorable! En cualquier caso, un nacionalsocialista auténtico sólo entiende de movimiento y progreso (pág. 601).

¿Y los simples simpatizantes o los oportunistas? Para éstos el SS Thomas, el amigo creyente de Aue, tiene la solución:

Bormann no cree en nada [...] Por citar un escrito de juventud de nuestro ilustre ministro de Propaganda: Lo importante no es en realidad creer en algo; lo importante es creer. Sonréi; Thomas a veces me impresionaba (pág. 763).

Las propuestas fascistas y la realidad de los regímenes de Mussolini y Hitler habían obrado el milagro de "solucionar" todas las contradicciones y "armonizar" los pares antagónicos. Ultranacionismo, socialdarwinismo, capitalismo y nihilismo desesperado fascista cuadraron históricamente a la perfección, sobre todo allí donde al malestar social, económico y político se unían heridas sociales profundas como en la Alemania e Italia posteriores a la Primera Guerra Mundial. Las crisis —económica, social, política— crearon un espacio político (el ejemplo más obvio es el de Alemania tras el *crak* de 1929) que los fascistas supieron llenar ofreciendo adaptaciones nacionales de una fórmula política novedosa, revolucionaria espiritual, juvenil y moderna ... Y, a la vez, conservadora, tradicional y

⁴ "El pensamiento ideológico ordena los hechos en un procedimiento absolutamente lógico que comienza en una premisa axiomáticamente aceptada, deduciendo todo a partir de ahí; es decir procede con una consistencia que no existe en parte alguna en el terreno de la realidad", Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987, p. 697.

respetuosas con las estructuras económicas y sociales, lo que les garantizó a los fascistas el apoyo de los sectores conservadores más radicalizados ante los embates políticos de la izquierda revolucionaria.

En Alemania los creyentes selectos nacionalsocialistas comprendieron la Idea, la racionalidad de los actos, por bestiales que sean, y la Utopía. Y para la chusma la Idea se convierte en auténtica religión con sus rituales sagrados, su Iglesia, sus mártires y su Papa omnisciente e infalible.

[...] para un alemán, ser un buen alemán quiere decir obedecer las leyes y, en consecuencia al Führer: no puede haber nada más ético pues no podría fundamentarse en nada y no fue un azar que los escasos oponentes al poder fueran en su mayoría, creyentes (cristianos): conservaban otra referencia moral y podían juzgar el Bien y el Mal según un referente que no fuera el Führer (pág. 598).

El nacionalsocialismo logró en Alemania entre 1933 y 1945 que sus ideas—fuerza fueran hegemónicas (en el sentido que A. Gramsci da al término). Hegemonía que se explicitó en un predominio, casi absoluto, en el lenguaje⁵. Lo bueno, lo justo, lo ético, lo auténticamente alemán era para los alemanes de la época, salvo rarísimas excepciones, los parámetros ideológicos establecidos por la propaganda oficial. Los nazis consiguieron ser un amplio movimiento nacional interclasista (un *volks-partei* o partido del pueblo) que “superó” clases, ideologías y religiones de sus integrantes. Hitler era representado como un genio de talla inconmensurable que había descubierto

la “Gran Verdad del universo”, la Idea: la eterna desigualdad genética de todos los hombres (Koonz, 2005: 141)⁶.

La gran verdad de esa idea, juntamente con la intrínseca bondad del objetivo supremo de la palingenesis de la Patria, justificaba cualquier acto, ya que todo lo que se hacía se ajustaba a las inexorables leyes de la naturaleza. La naturaleza es desigual y, por ello, el hombre es visto como un ser desigual, agresivo y territorializado. E igual ocurre entre las razas y los pueblos. Unos son superiores porque los otros son inferiores; y esa superioridad/inferioridad se transmite genéticamente (racismo biológico). Unos han nacido para mandar y otros para obedecer. Unos son los amos y los otros los esclavos. La raza aria está destinada a la supremacía mundial; y su contrapunto, los judíos, apátridas, desenraizados, capitalistas insolidarios o marxistas revolucionarios deben desaparecer de la faz de la tierra. El discurso justificatorio de un fanático nacionalsocialista, personaje de la novela, así lo explicita:

[...] la experiencia nos ha demostrado que los judíos del Este, más prolíficos, son el vivero original en donde se renuevan constantemente las fuerzas del judeobolchevismo y también las de los plutócratas capitalistas. Si dejamos algunos supervivientes, de esos productos de la selección natural nacerá un nuevo brote aún más peligrosos para nosotros que el peligro actual (pág. 108).

El programa de purificación racial era seguido de un modo sistemático:

Los judíos a quienes hay que ejecutar son unos asociales que no valen

para nada y que Alemania no puede tolerar. Incluiremos también a los pacientes de los manicomios, a los gitanos y cualquier otra persona que no valga lo que come. Pero vamos a empezar con los judíos (pág. 127).

Al genocidio de los impuros: judíos, gitanos, etc más el de los oponentes políticos⁷ se añade el de aquellos alemanes tarados (locos, subnormales etc) que frenan la pureza racial, la “bestia rubia” como producto eugenésico final en la terminología de Nietzsche⁸ que Hitler adopta un super espécimen racial ario. Y como que la Idea, la Gran Verdad Universal, es un error, todo es un delirio catastrófico. Eso sí, desarrollado con eficiencia alemana. El Ciclón B, el producto químico usado para gasear “subhumanos” en los campos de exterminio fue la respuesta comercial a un pedido muy claro efectuado por el gobierno: fabricar un producto capaz de matar al máximo número de personas en el menor tiempo y coste posible.

La mayoría de los alemanes entre 1933 y 1945 se convirtieron en ejecutores de la Idea⁹ y por ello un personaje de nuestra novela afirma:

[...] diez años después de la Toma del Poder, la mentalidad nacionalsocialista se ha convertido en la verdad de la vida cotidiana del volk. Ha penetrado

⁷ Se trataba de lograr la *Volks-gemeinschaft*, la comunidad orgánica del pueblo depurado de “anti-alemanes”.

⁸ Sobre la influencia de Nietzsche en el nacionalsocialismo ver Ernst Tugendat, *Problemas*, Barcelona, Gedisa, 2002; Arno Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1986 y Norberto Bobbio, *Ensayos sobre el Fascismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

⁹ Lo que el partido nazi el NS-DAP denominó *Gleichschaltung*. La sincronización de todos los aspectos de la vida social con la ideología y los objetivos políticos del nazismo.

en los menores resquicios. Así que, incluso aunque perdamos la guerra, sobrevivirá (pág. 555).

El genocidio es uno de los exponentes más claros de la radicalidad de ideas y actos. La violencia ideológica se materializa en violencia física racionalizada y máxima. Los campos de exterminio eran factorías regidas con criterios de eficiencia y productividad industrial. La extracción de trabajo esclavo y la muerte de todo ser no productivo eran los objetivos. Las “bestias rubias” velaban por el adecuado funcionamiento de la eficiente maquinaria. Todo era racionalidad industrial salvo el hecho de que la política, de un modo real—no sólo ideológico—primaba sobre la economía, para la desesperación de los tecnócratas del gobierno.

Aue, como sus otros colegas de las SS, recibía órdenes y las ejecutaba con eficiencia. Su problema consistía en que era un oportunista lúcido y por eso vomitaba después de una matanza. No podía dejar de reflexionar y convertirse en una máquina asesina, era un caso atípico, no se podía encuadrar en ninguna de las tipologías que él mismo pudo detectar:

Ahora podía diferenciar tres formas de ser entre mis colegas. Estaban, en primer lugar, esos que, aunque intentasen disimularlo, mataban con voluptuosidad; ya que he hablado de ello, eran criminales que habían salido a flote merced a la guerra. Estaban luego los asqueados, que mataban por deber, sobreponiéndose a la repugnancia, por amor al orden, y, por fin, estaban quienes consideraban a los judíos como animales y los mataban igual que un carnicero degüella a una vaca (pág. 114).

Nuestro protagonista no es un fanático acrítico con un grado máximo de disonancia cognitiva. Conserva una capacidad propia de análisis con

⁵ Ver Victor Klemperer, *LTI La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2002.

⁶ Claudia Koonz, *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2005.

independencia de los ortodoxos discursos que se ve obligado a pronunciar ante sus superiores: tipomi travesía espiritual hacia mi compromiso de nacional-socialista y mi servicio a las SS no me permiten tomar en consideración el matrimonio hasta que mi *volk* no haya domeñado los peligros que le amenazan (pág. 546).

Matar era algo tremendo [...] Pero era posible que algo tan tremendo fuera también algo necesario, y, en tal caso, había que someterse a aquella necesidad. Nuestra propaganda repetía continuamente que los rusos eran unos *Untermenschen*, unos infrahombres, pero eso yo me negaba a creerlo (pág. 10).

Los rusos no eran infrahombres pero se les mataba igual que si lo fueran; la ideología se mezcla con la idiosincrasia del personaje: Aue no se casa no por los peligros que acechan al *volk* sino porque no le interesan las mujeres sexualmente salvo su adorada hermana. Su homosexualidad, vivida de una forma totalmente genital, es interpretada en clave ideológica nacionalsocialista y, de esta forma, en el proceso de seducción de un camarada, fase intelectual, Aue teoriza: No hay nada en nuestra *Weltschauung* bien entendida que pueda oponerse a un eros masculino (pág. 204).

E incluso afirma que desde una perspectiva nacionalsocialista auténtica se podría considerar, por el contrario, que el amor fraterno es la auténtica argamasa de una *Volks-gemeinschaft* guerrera y creadora (pág. 205). Lógicamente, desde esa perspectiva, el punto de vista de Aue y del nacionalsocialismo respecto a la mujer es obvio: subordinación jerárquica, evidenciándose el carácter consustancialmente milita-

rista, machista y reaccionario de dicha ideología.

Es evidente que sólo el hombre es realmente creativo: la mujer da vida, cría y alimenta, pero no crea nada nuevo. Blüher, un filósofo muy próximo, en su tiempo, a los hombres de los *Freikorps*, y que llegó incluso a combatir con ellos demostró que el eros intramasculino, al estimular a los hombres para que rivalicen en valor, en virtud y en talla moral, contribuye tanto en la guerra como en la constitución de los Estados, que no son sino una versión más amplia de sociedades masculinas tales como el ejército (pág. 206).

¿Y cuál es la meta soñada, el objetivo final? La utopía nacionalsocialista es el triunfo militar de la horda y la instauración de una paz militarizada. Una sociedad estamental en donde la raza aria fuera el amo del globo y las demás razas inferiores serían los siervos, los esclavos o los lacayos. De ahí que un personaje de la novela, fanático nacionalsocialista, afirme:

Estás en la obligación de ser digno de tu padre, de su raza y de la tuya. En este mundo no hay sitio más que para un pueblo elegido, llamado a dominar a los demás [...] (pág. 462). [...] cuando acabemos con los rusos, todavía nos quedarán los chinos (pág. 460).

Ese dominio se materializaría en planes concretos a realizar en el conquistado imperio, teniendo a Esparta y a sus ilotas —campesinos semiesclavizados— y a la despiadada colonización europea de África durante el siglo XIX como modelos. El triunfo de la Gran Alemania y de la raza aria. Un Reich de mil años, una civilización superior, cabeza de un organismo en el que las razas inferiores desarrollarían sus cometidos en orden y armonía. Pequeñas guerras y conflictos de baja intensidad lograrían mantener el statu quo y evitarían la molicie: las virtudes militares son vistas como básicas para no caer en

la decadencia. En la novela un SS apasionado y convencido expone al respecto:

Con los rusos, cuando acabara la guerra, podría formarse, tras arrojarlos tras los Urales, un Slavland residual; por supuesto que intentarían volver a intervalos regulares; para impedirse- lo, Alemania crearía en las montañas una línea de ciudades—guarnición y de fortines, que correrían a cargo de las *Waffen SS*. Todos los jóvenes alemanes tendrían que hacer un servicio de dos años en las SS y se los enviaría allí; por supuesto que habría bajas, pero esos permanente conflictos locales [...] permitirían que la nación alemana no se sumiera en la molicie de los vencedores y conservara todo el vigor del guerrero [...]. La tierra rusa y ucraniana, con la protección de esa línea, quedaría abierta a la colonización alemana para progresar en manos de nuestros veteranos [...] soldados—agricultores regirían fincas extensas y ricas; el trabajo recaería en los ilotas eslavos (pág. 141).

El modelo social, el hombre nuevo nacional socialista es unguerrero depredador y amoral cuya voluntad de poder se ha impuesto sobre las razas inferiores colocándolas en su lugar. El socialdarwinismo es la justificación "científica" a estos criterios doctrinales, como expone en la novela un dirigente del Partido: Es sencillamente el mecanismo de la ley de supervivencia del más fuerte; así es como un animal enfermo sucumbe rápidamente ante los predadores (pág. 653).

La vida es combate y sólo sobreviven e imponen su voluntad los mejores, en otro discurso pronunciado por un cuadro nacionalsocialista diferente del anterior se aclara:

Y no es crueldad, es la ley de nuestra vida, somos más fuertes que los demás seres vivos y disponemos según nos place de su vida y de su muerte [...] es normal que, entre nosotros, nos comportemos de la misma forma, que todos y cada uno de los grupos humanos quiera exterminar a quienes les

disputa la tierra [...] es la ley de todas las cosas, la guerra permanente de todos contra todos [...] (pág. 814).

Nuestro protagonista, el SS Aue, hace bueno el viejo refrán castellano de que "el que no sabe a donde va aparece en cualquier parte". Al final de la novela, cuando todo se derrumba en el Berlín asediado por las divisiones del Ejército Rojo, Aue se dedica a matar por razones aparentemente incomprensibles y no racionales: un pianista, viejo y loco, que interpreta a los clásicos, un amante poco discreto e incluso su mejor amigo, el SS Thomas, el mentor y protector que le ha salvado la posición y la vida en varias ocasiones. Aue lo mata para apoderarse de los papeles salvaconducto y del disfraz que Thomas se había preparado para huir, pero esa racionalidad es de menor peso: en realidad, su acto es la máxima degradación amoral a la que nuestro protagonista puede llegar en su viaje, escogido, hacia la radicalidad absoluta y él lo sabe. Como es un nacionalsocialista oportunista, sin convicciones, al final de todo lo que ha aprendido perfectamente son los métodos para el triunfo de la Idea. Eso es lo que le ha quedado: sabe matar. Acabado el sueño embriagador de una solución total regresa al asfixiante, individualista, mediocre y semifalso mundo pequeño burgués. Su mundo. Una cita del poeta Eckhart, recordada por el propio Aue, refleja bien su permanente estado de ánimo, antes, durante y después del nacionalsocialismo: Un ángel en el Infierno vuela en su propia nubecita de Paraíso. ■

Joan Antón Mellón es catedrático de Ciencia Política y de la Administración Universidad de Barcelona.